



In memoriam IGNACIO SANTOS FERNÁNDEZ

MARIO HUMBERTO CHÁVEZ

Instituto de Bellas Artes/Universidad Autónoma de Chihuahua

La muerte siempre sorprende. Hay dolor, pero sobre este se agolpan de manera contundente las imágenes de los recuerdos. Esa memoria emo-



cional que hace del suceso que uno adquiere como decía Ignacio “una tristeza hermosa”.

Hay humo de cigarrillos en el Teatro de Cámara del hoy Instituto de Bellas Artes de la UACH. Hay luces escasas de spots –hoy viejos– adquiridos en Casa Eléctrica El Globo. Las butacas están viejas y torcidas. Es el año de 1966, año en que me incorporé al grupo de teatro a cargo del maestro Fernando Saavedra. Entonces se ensayaba el estreno mundial de *Te juro Juana que tengo ganas* del maestro Emilio Carballido. Fue Luis Barraza, protagonista de ese montaje, quien me habló por primera vez de *El juicio* y de Ignacio Santos.

“Lástima que las lágrimas no sean de color, pues hubieran sobrado para escribir esta carta, también pensé escribirla con sangre, pero como según mis padres tengo agua, decidí escribirla con tinta”. Este texto corresponde al personaje “René, el suicida” de la pieza teatral *El juicio* de Ignacio Santos. En otro texto, el mismo personaje nos dice: “Soy culpable, pues he atentado contra el yo, el tú, el nosotros y el vosotros”.

La anécdota de *El juicio* es muy sencilla, lo innovador es la temática y la estructura. En primer término, lo que nos muestra es que no se trata de un juicio cualquiera, ya que en su desarrollo se juzga a un suicida. Por otra parte, la estructura se lleva a cabo dentro de la convención de la cámara negra; sin embargo, el estrado del juez es un ataúd; un columpio es el banquillo de los testigos, entre quienes se encuentran, la novia

de “René el suicida”, cuyo nombre es Sonrisa Concepción Vacía. Otro testigo es la madre quien adopta un aire de apatía y cansancio ante el interrogatorio, y el psiquiatra quien responde a las preguntas mientras come uvas. El abogado defensor es René el abogado.

Y el jurado es un coro simbolista, quien se pasa recurrentemente una vela, que simboliza la vida.

Aún, en la actualidad, *El juicio* resulta una obra innovadora, con una mezcla de estilos que van desde el surrealismo, el simbolismo, el teatro del absurdo, con matices del teatro de la crueldad.

Gran impacto causó en Chihuahua su estreno en 1965. Curiosamente, Ignacio es originario de Ciudad Madera, Chihuahua, y fue ese año que sucedió al asalto al cuartel de Madera, la madrugada del 23 de septiembre. Esta primera puesta fue dirigida por el mismo autor.

En el año de 1966, el maestro Fernando Saavedra decidió dirigir esta obra con algunos cambios de orden escénico y actoral. El pintor Alberto Carlos realizó los diseños del nuevo vestuario. Su reestreno y las funciones subsiguientes causaron todo tipo de reacciones, desde el estupor, hasta poner cara de interrogación, desde la sorpresa, hasta la apatía más intensa, desde la risa, hasta la carcajada, desde ojos anegados, hasta el grito atorado en la garganta.

Al paso de los años, una sola cosa me queda clara, el pensar que si los mismos actores no entendíamos del todo la obra de Ignacio, el noventa por ciento de los espectadores nunca comprendieron lo que vieron.

El Ignacio de esa época era un ser carismático, indudablemente talentoso y todo su entorno le quería de una manera sincera: una especie de talismán al que había que cuidar; de trato amable y conversación aguda, mezclaba muy bien la poesía y el comentario irónico, muchas veces de un sarcasmo corrosivo que, sin embargo, no hería ninguna susceptibilidad.

Con *El juicio* participamos en el Concurso Regional de Teatro, celebrado en Durango. La puesta ganó el evento y con ello su pase al concurso nacional a celebrarse en México, DF, donde nos presentamos y tuvimos la oportunidad de saludar a uno de los jurados, el maestro Salvador Novo. Esto sucedió en el vestíbulo del teatro Hidalgo. Ignacio me comentó:

—¡Dios mío! ¡Es altísimo!

—¿Quién? —pregunté.

—¿Pues quién? El maestro Novo.

Después de haber conocido a Emilio Carballido, Ignacio intensificó su relación con él, como buen e in-

cipiente dramaturgo, sentía curiosidad de conocer a los grandes escritores mexicanos, y sin duda, tanto Carballido como Novo lo eran. A esta lista se agregaron los nombres de Sergio Magaña y Antonio González Caballero.

En México no ganamos. La vida siguió. Al regreso, Ignacio se instaló en un frenético delirio de creación. De esa época surgieron *La maquina del polvo*, *Encájale un alfiler al asesino* y *Ana Luisa también tiene su tragedia*. Yo me convertí en un sumiso y obediente escucha de las lecturas de Ignacio. Toda su obra estaba poblada de imágenes llenas de poesía, de metáforas llenas de un contenido humano y filosófico muy particular.

A la distancia, son tantas las vivencias compartidas tanto con Ignacio como con el grupo formado por el maestro Saavedra, Beto Montoya, Esperanza y Ana Cristina Rascón, Luis Saavedra, Leonarda Montoya, Linda y Yolanda Abbud, Carlos Manzano, Juan Muñoz, Luis Barraza, Bernardino Zermeño, Evita Castro y otros, cuyos nombres no acuden en estos momentos.

Ignacio ponía poesía en lo cotidiano. Había un lugar cerca de la presa Chuvíscar, una acequia que cruzaba un camino de terracería. En el crepúsculo, Ignacio detenía el carro y decía viendo hacia el horizonte, donde el agua se confundía con los sauces y la tierra rojiza y marrón.

—¿Se fijan? —comentaba con plena sinceridad—. Así debe ser Macondo.

Pasó el tiempo y la frecuencia con que veía a Ignacio se hizo cada vez más distante, sin embargo Ignacio es de las gentes que siempre permanecen. ©

